

Crítica de libros

Marcel van der Linden, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden, Brill, 2008, 477 pp.

Workers of the World es una obra ambiciosa. Es, al tiempo que un extenso libro de investigación, la forma en que Marcel van der Linden presenta su propuesta programática para “reconstruir el barco de la historia del trabajo” (p. 359). Desde la introducción en adelante, el autor expondrá los argumentos empíricos y teóricos por los cuales concibe la *Global Labor History* (tal es el nombre de su Programa de Investigación) como la superación de lo que él considera los dos principales obstáculos epistemológicos que arrastran hasta nuestros días los abordajes de la historia del trabajo a nivel mundial: el nacionalismo metodológico y el eurocentrismo. Con esto refiere, por un lado, a la naturalización de considerar al Estado-nación como unidad analítica básica (y en general independiente) de la investigación histórica (*i.e.*, la clase obrera en Inglaterra); por otro, a la tendencia a considerar que las formas que asume la clase obrera de los países capitalistas desarrollados “muestran el camino” de lo que sucederá (o debería suceder) en los países de lo que él denomina *Global South*. Son estos dos pre-juicios los que han llevado, según van der Linden, a una subvaluación de las formas del trabajo y de la acción colectiva de los trabajadores de “the West and the Rest” y por ende, a un empobrecimiento de la historia del trabajo.

Dada esta pretensión de ser un verdadero nuevo punto de partida historiográfico, *Workers of the World* tiene la virtud de ofrecer un buen pantallazo de los principales puntos de llegada de la *Labor History* y de la trayectoria del propio autor. El libro retoma varios nudos temáticos e investigaciones empíricas que pueden encontrarse en trabajos previos como “*Peripheral Labour? Studies in the History of Partial Proletarianization*” (1997) escrito junto a Samir Amin, o en *Class and Other Identities: Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labour History*

–*International Studies in Social History*– (2002) publicado junto a Lex Heerma von Voss, o en *Trasnational Labour History –Studies in Labour History*– (2003) que es el único libro del autor editado en español (*Historia Transnacional del Trabajo*, Centro Francisco Tomás y Valiente Editores, Valencia, 2006). Asimismo, el libro es también el resultado del trabajo que van der Linden viene desarrollando en los años más recientes dentro del prestigioso Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, del que es Director desde 2005. La *Global Labor History* se presenta así, como mucho más que una propuesta intelectual del autor, es el programa de investigación en el campo laboral al que apuesta el IISG.

El camino que van der Linden elige para esta reconstrucción del barco de la historia del trabajo es una suerte de “deconstrucción” del concepto de clase obrera de origen marxista. En esta elección hay, al mismo tiempo, una crítica a lo que considera una estrechez del concepto, y un explícito reconocimiento a Marx debido que “su análisis todavía es el mejor que tenemos” (p.18). Así, van der Linden, se lanza a una reconstrucción de la definición de clase trabajadora basándose en la recopilación exhaustiva de centenas de casos empíricos tomados de un período de observación que no establece límites temporales ni geográficos.

Para recorrer este camino, dividirá el libro en tres bloques. El primero, “Conceptualizaciones” (que abarca los capítulos 2, 3 y 4), lo dedica específicamente al intento de demostración del carácter estrecho (y por ende, errado) del concepto de clase trabajadora en Marx, y a su reemplazo (y por ende superación) por lo que considera un concepto “amplio” plasmado en la noción de “trabajadores subalternos”. Su argumento central es que el conjunto de presupuestos de Marx para que exista trabajo asalariado (que el trabajador sea libre, que sea portador y poseedor de fuerza de trabajo y que no tenga más que eso para vender), se cumplen más como excepción que como norma en la historia del trabajo a nivel global. Por el contrario, lo que van der Linden encuentra en su recorrido histórico, que es de gran valor por la cantidad de ejemplos de todas partes del mundo recabados en la investigación, es que la fuerza de trabajo asume diversas formas de mercantilización en las que la *forma asalariada libre* es sólo una de las formas de valor. Esta variedad de formas que asume la mercantilización de la fuerza de trabajo, da origen a distintos tipos de trabajadores cada uno de los cuales presenta distintos grados de autonomía y heteronomía. Desde el trabajador asalariado libre, hasta el esclavo en sentido amplio (*chattel slave*), pasando por el siervo y el auto-empleado, e incorporando las trabajadoras de subsistencia, van der Linden realizará un trabajo de tipificación sistemática que tiene la virtud de presentar una serie de casos transitorios sugerentes para la reflexión. Como dice el autor, “lo anterior tiene implicancias de largo

alcance, si se piensa en profundidad. En verdad, hay una gran clase de personas dentro de la sociedad capitalista, cuya fuerza de trabajo es una mercancía de muchas maneras diferentes. Es por eso que me refiero a la clase de conjunto como trabajadores subalternos. Ellos conforman un grupo variado, incluyendo esclavos, aparceros, pequeños artesanos y asalariados. Es la dinámica histórica de esta «multitud» la que creo que los historiadores del trabajo deben tratar de entender” (p.32).

Dos preguntas surgen de la lectura de este primer bloque. La primera es por qué, si el punto de partida es Marx, van der Linden no referencia los numerosos ejemplos de estas “formas intermedias” que están presentes en diversos pasajes de *El Capital*. Tanto en lo que refiere a la existencia de coacción extraeconómica como forma de reducción del carácter “libre” del intercambio entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo, como lo que refiere a formas no dinerarias de salario o combinación de formas dinerarias y no dinerarias, o la supervivencia de casos en que el trabajador posee algunos instrumentos de trabajo, o el análisis de la importancia crucial del trabajo doméstico (no remunerado) en la reproducción de la fuerza de trabajo, son elementos que Marx *no sólo reconoce en su existencia empírica, sino que analiza en su desenvolvimiento (contradictorio) como parte del proceso global de asalariación*. Lo interesante, en Marx y Engels, no es sólo el reconocimiento empírico de estas formas híbridas, sino su explicación teórica a partir de la comprensión de la *ley de desarrollo desigual* como concepto clave contra toda idea mecánica y linealmente evolutiva de expansión del capitalismo a nivel mundial. La ausencia de reflexión sobre este aspecto central de la teoría de Marx resulta en una debilidad teórica del libro, además que debilita claramente la estrategia de Van der Linden de mostrar la existencia histórica y contemporánea de estas “zonas grises” como refutación de tipo empirista del concepto de proletariado de Marx.

La segunda pregunta que surge de la lectura es: si existen estas múltiples formas de mercantilización de la fuerza de trabajo, entre las cuales las diferencias son sólo de grado (y no de calidad) ¿cómo se explica que en la “dinámica histórica de esta multitud” haya sido la *forma asalariada “libre”* (y no otra) la que se impuso de modo tal que hoy los asalariados “libres” son mayoría a nivel mundial? Dicho en términos del autor, si en el capitalismo no hay “preferencia intrínseca” hacia el trabajo asalariado “libre” frente a la esclavitud, ¿cómo se explica que haya sido la primera la que se impuso a nivel global? Es la propia elección teórica del autor la que vuelve imposible responder esta pregunta. Van der Linden decide (y así lo explicita) reflexionar y re-conceptualizar la noción de trabajadores a partir, *exclusivamente*, del ámbito de la circulación y el intercambio (separado del de la producción). De esa forma sucumbe a la indiferenciación entre la mercantilización del *producto del*

trabajo con la mercantilización de la *fuerza de trabajo*, diferenciación sustancial en Marx debido a que de allí surge el plusvalor sin el cual es inexplicable la acumulación de capital. Esta separación artificial entre circulación y producción, hace que la explicación de la imposición de la forma asalariada por el resto de las formas de mercantilización del trabajo quede reducida al argumento clásico de los límites de la esclavitud para el desarrollo de un mercado interno.

En el segundo bloque, compuesto por “Variedades de mutualismo” (capítulos 5 a 8) y “Formas de resistencia” (capítulos 9 a 12), el autor realizará un exhaustivo recorrido por las diversas formas de la acción colectiva de los trabajadores subalternos que se desplegaron en la historia. Al igual que en el bloque anterior, la descripción de múltiples modos de acción colectiva tiene el objetivo de combatir lo que aparecerían como conceptos “naturalizados” en la historiografía del trabajo ligados a la definición estrecha de trabajadores: 1) que el sindicato es la principal forma de organización de los trabajadores, 2) que la huelga es la herramienta de lucha correspondiente al trabajador asalariado “libre”. Contra estas “naturalizaciones”, el autor se sumerge en un rastreo que se destaca por la variedad de fuentes de la historiografía y la antropología que utiliza, y por el enorme esfuerzo de clasificación que realiza a partir de estos numerosos casos. El resultado es, por un lado, la elaboración de una tipología de mutuales que los trabajadores subalternos conforman a los fines de satisfacer diversas necesidades. Tres grandes categorías son señaladas: mutuales de servicios sociales, cooperativas de productores y cooperativas de consumidores. Coherente con el punto de vista de la circulación de mercancías que desplegó en el primer bloque, en éste, el análisis de la acción colectiva también será abordado desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades en el mercado. En lo que a formas de resistencia se refiere, van der Linden establece cuatro categorías principales: huelgas, protestas de consumidores, sindicatos e internacionalismo. Lo que se destaca en esta clasificación es el intento por mostrar que la huelga, lejos de surgir como herramienta de lucha propia del trabajo asalariado, es “una forma muy importante de lucha utilizada por todas las categorías de trabajadores subalternos (...) En cierto sentido, una huelga significa una salida colectiva –no con la intención de abandonar el trabajo para siempre, sino para ejercer presión temporal–. La transición entre «huir» y «luchar por mejores condiciones de trabajo» es en realidad bastante fluida” (p.179). En ese camino, van der Linden interpreta toda interrupción temporaria del trabajo (p. 182), desde la esclavitud hasta nuestros días, como una huelga, lo cual quita toda especificidad al concepto. Por otra parte, el esfuerzo en la búsqueda de variedad de casos en un amplio espectro de tiempo y espacio, termina operando en desmedro de la posibilidad

de establecer relaciones de determinación entre las distintas formas de producir riqueza, y las distintas formas de resistencia. Podríamos decir que si en otro importantísimo libro contemporáneo sobre los trabajadores, *Posición estratégica y fuerza obrera*, John Womack Jr. tiene la virtud de hacer el esfuerzo por establecer la relación entre lo que hacen los trabajadores en el trabajo y su particular fuerza social-colectiva (aunque con cierta tendencia a establecer una relación mecánica), en *Workers of the World* esa relación se diluye dejando la explicación de la acción colectiva librada a una suerte de “lógica interna” de la toma de decisiones de individuos que defienden sus intereses, es decir, una matriz explicativa del tipo de la teoría de la elección racional (*rational choice*) (p. 372).

El tercer y último bloque, “Aportes de disciplinas concomitantes” (capítulos 13 a 15), está dedicado a destacar las “tripulaciones de otros barcos” (*crews of other ships*) cuyos aportes resultaron claves para marcar el rumbo de una nueva Historia Global del Trabajo: la teoría del sistema-mundo de Wallerstein, la “Escuela de Bielefeld” en Alemania y los estudios antropológicos sobre los Iatmul en Papúa-Nueva Guinea. Además de resultar digno de celebración por el espíritu interdisciplinario en una academia aún fuertemente segmentada y con “celos disciplinares”, hay que destacar particularmente el rescate crítico que van der Linden realiza en el capítulo 13 de la teoría de Wallerstein. Es quizás ese capítulo en el que más se despliega un debate teórico en sí mismo. Allí el autor destaca lo que considera los puntos fuertes y los débiles de la teoría del sistema-mundo, al tiempo que recupera las críticas y observaciones de otros teóricos al respecto. En ese ejercicio, recupera la mirada global de Wallerstein respecto del capitalismo y su preocupación por relacionar sus diversos desarrollos, contraponiéndola a una mirada que tiende a ser provinciana o localista en la historiografía (motivo por el cual, como bien señala van der Linden, Wallerstein tiene mucho más peso en la sociología o ciencia política que en la historia), pero crítica, a su vez, lo que considera cierto mecanicismo economicista del autor estadounidense. Es interesante observar que uno de los principales desarrollos teóricos que van der Linden opone al economicismo de Wallerstein, es el de Ernest Mandel (autor desdeñado en la academia por su pertenencia al trotskismo), en la medida en que considera que el abordaje de Mandel sobre el capitalismo abre la puerta a la esfera de la política (la lucha de clases), como esfera de determinación del proceso histórico, por lo que la historia se presenta como un proceso “relativamente abierto” (*relatively open-ended process*). Es en esta discusión, hacia el final del libro, que se explicita una tensión que sobrevuela todos los capítulos pero que no es problematizada abiertamente: la tensión entre lo que van der Linden considera el economicismo de la matriz marxista de las clases

sociales y, el politicismo o subjetivismo (por indeterminación) en que terminan cayendo las respuestas a dicho economicismo, que resultan tributarias, finalmente, del individualismo metodológico. Si esta tensión estuviera puesta de manifiesto como tal en el libro, ayudaría a tratar de equilibrar cierto desdén a las determinaciones económicas que recorre la obra, expresado paradigmáticamente en la subvaluación de la esfera de la producción para una teoría de las clases sociales, y su reemplazo (no combinación) por la esfera de la circulación.

Para finalizar quisiera hacer algunas observaciones generales. *Workers of the World* tiene la enorme virtud de su ambición. Primero, porque navega en las difíciles aguas de la combinación entre investigación empírica y crítica-elaboración conceptual. En una disciplina acosada por el empirismo esta propuesta de van der Linden, se distingue mostrando, además, gran erudición del autor. Segundo, porque la perspectiva de análisis internacional que propone es, *per se*, una crítica hacia unas ciencias sociales académicas cuyo afán por el localismo y el particularismo han derivado en la paradoja de una sumatoria de interpretaciones parciales imposibilitadas de explicaciones globales, justamente cuando la internacionalización de las relaciones sociales ha llegado a su máxima expresión. Tercero, porque su pretensión programática opera como invitación a la reflexión, desnaturalización y contrastación en un campo de investigación como el del desarrollo de la clase trabajadora y sus formas de lucha, en el que la “restauración burguesa” operada durante la década neoliberal, terminó introyectando una especie de “moral de resistencia” que extirpó la discusión estratégica de los estudios de la clase obrera. En un contexto internacional en que la crisis económica es, en buena medida, la crisis del pensamiento del fin de la clase obrera y la posibilidad de la reapertura del debate estratégico sobre sus programas y cursos de acción, la invitación de Marcel van der Linden a la revisión de los presupuestos teóricos de los abordajes de investigación, no puede sino ser celebrada.

Y es quizás, justamente esta “moral de resistencia” que dejaron los noventa y sus tesis anti-obreras, anti-marxistas y sobretodo, anti-revolución, lo que aún marca fuertemente la obra de van der Linden. Su esfuerzo, empírico y conceptual, parece haber caído preso de la operación ideológica que se volvió “sentido común” en la academia neoliberal: un dogmatismo antimarxista llevado adelante en nombre de la “batalla contra el dogmatismo del marxismo”. El concepto de “trabajadores subalternos” al que arriba, pareciera más bien el intento de justificar que los trabajadores existen y son mayoría, antes que de reflexionar sobre su especificidad y potencialidad actuales. El camino de construcción conceptual que elige, fuertemente empirista, redundo en una noción clasificatoria más deudora del individualismo metodológico que del ma-

terialismo histórico. De allí que su objetivo de ampliación de la noción de clase trabajadora se realice a costa de pérdida de determinación, y por ende, de pérdida de capacidad explicativa del concepto. Y de allí también que el concepto de “trabajadores subalternos” resulte en un cierto obstáculo epistemológico para pensar la acción política de esta clase ampliada. Si, como señala el propio autor, el *objetivo político* de la *Global Labor History* es extender la mirada más allá del trabajo bajo el capitalismo para precisar mejor la especificidad del desarrollo capitalista (p. 360), su resultado es, sin embargo, la dificultad que surge del propio concepto de “trabajadores subalternos” para precisar la especificidad del trabajo en el capitalismo y por ende precisar también las estrategias de acción para su destrucción.

Paula Varela (UBA-Conicet)

* * *

Dolors Marin, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Ariel Historia, 2010, 490 pp.

El texto de Dolors Marin se nos presenta como un trabajo de síntesis en donde se estudian los aspectos menos grandilocuentes de la historia del anarquismo en España. Retomando explícitamente el aporte teórico-metodológico de E. P. Thompson la autora busca rescatar “los fenómenos culturales y vivenciales de los hombres y mujeres que formaron parte intrínseca de la Confederación [Nacional del Trabajo] (CNT)” (p. 11). De esta manera, el libro se encuentra estructurado, en su mayoría, de manera temática, priorizando los años prefranquistas. Nueve capítulos son dedicados a la construcción del anarquismo ibérico de fines del siglo XIX y primera mitad del XX, mientras que los dos restantes se centran en la segunda mitad de ese siglo. El final del libro viene munido con una batería de recursos valiosos, como ser un glosario de términos comunes de la militancia anarquista, una cronología y una decena de apéndices documentales (entre los que destacan la síntesis del acta fundacional de la Federación Anarquista Ibérica –FAI–, y los discursos de Ángel Pestaña y Salvador Seguí).

El análisis propuesto por la autora reúne los siguientes temas: el desarrollo de la CNT, las lenguas planificadas (esperanto e ido), las canciones y los versos, las experiencias socialistas utópicas, las cooperativas de producción y los grupos de afinidad. Los años posteriores a la Guerra Civil se tratan en dos capítulos: uno dedicado a las memorias militantes y otro en el que se sintetizan, para los años de la posdictadura, los temas tratados de manera extensa en las páginas anteriores.